

***Sor Juana Inés de la Cruz*, de José Rosas Moreno¹**

*“porque va borrando el agua
lo que va dictando el fuego”*

Sor Juana Inés de la Cruz

Sor Juana Inés de la Cruz, drama en tres actos y en verso, de José Rosas Moreno (1838-1883), escrito para la actriz Concepción Padilla, fue estrenado el 5 de octubre de 1876 en el Teatro Principal por la compañía del actor español Enrique Guasp de Pérís.²

Considerada como una de las mejores obras de su tiempo, la crítica, en general, alabó su “versificación sorprendentemente fácil y natural y [...] la fidelidad con que están tomados los rasgos característicos de la historia de la protagonista” (Olavarría 949).³ El público también acogió con gran entusiasmo este drama.

YOLANDA BACHE CORTÉS

Instituto de Investigaciones Filológicas

¹ El texto de José Rosas Moreno, “*Sor Juana Inés de la Cruz*”, pronto aparecerá publicado también en *Dramas románticos de tema novohispano. (1876-1882)*. Estudio introductorio y notas de Yolanda Bache Cortés. México, CONACULTA (Teatro Mexicano. Historia y dramaturgia, XVIII).

² Concepción Padilla representó a Juana de Asbaje; Matilde Navarro a la Condesa de Paredes; Rosalía Rodríguez a Doña Mencia; Magdalena Padilla a Isabel; Guasp dio vida al Conde de Mancera; Feliciano Ortega a Diego de Illezcas; Federico Alonso a Nuño de Alba; Juan Martínez a Pedro Manuel de Asbaje; Claudio Loscos a Ramiro, y Manuel Aranda a Juan Iniestra.

³ Años después del estreno de la obra de Rosas Moreno, Manuel Gutiérrez Nájera afirmó: “Hay dos medios de apasionar al público en el teatro: por lo grande y por lo verdadero; lo grande conmueve a las masas: lo verdadero sobrecoge al individuo [...] la verdad contiene la moralidad; la grandeza encierra la belleza. [...] del desconocimiento absoluto de estos preceptos ha surgido *Sor Juana Inés de la Cruz*”. *Vid.* M. Can-Can, segunda

SOR
JUANA INÉS DE LA CRUZ.

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL

DE JOSÉ ROSAS.

Personajes

Juana Inés de Asbaje

María Luisa Condesa de Paredes.

Mencia (dueña)

Isabel (camarista).

El Conde de Mancera, marqués de
la Laguna, virrey de México

Don Diego de Illezcas

Don Nuño de Alba

Don Pedro Manuel de Asbaje

Ramiro (escudero)

Juan Iniestra.

Caballeros, guardias, enmascarados, etcétera. Época, siglo
XVII, reinado de Felipe IV.

Al distinguido poeta mexicano

José G. Malda.

en testimonio

de

gratitud y fraternal cariño.

El autor

parte de "Crónica humorística. Memorias de un vago", en *El Cronista de México*, 3a. época, t. III, núm. 71 (11 de junio de 1881), pp. 381-382; recogida como "Dramaturgia mexicana", en Manuel Gutiérrez Nájera, *Obras IV. Teatro II*.

ACTO PRIMERO

Antecámara en el palacio de los virreyes de México: galería en el fondo; mesas con recado de escribir en primero y segundo término. Es de noche.

ESCENA I

DON DIEGO E ISABEL *en la galería. JUANA INÉS escribiendo cerca del proscenio.*

- DIEGO. Guárdeos el cielo, Isabel.
 ISABEL. Os buscaba con porfia.
 DIEGO. Mucho me place, a fe mía,
 el veros servirme fiel;
 y no os pesará, que ingrato,
 ¡vive Dios! que nunca fui.
 ISABEL. Lo sé.
 DIEGO. ¿Cumplísteis?
 ISABEL. Aquí
 tenéis, señor, el retrato. *(Se lo da.)*
 DIEGO. ¡Ah!, por fin...
 ISABEL. Esa alegría
 que revela vuestro amor,
 es mi disculpa mayor...
 yo robarlo no quería.
 DIEGO. ¡Extremada es su belleza!
(Contemplando el retrato.)
 ISABEL. Grande fue mi atrevimiento;
 si sospecha vuestro intento
 el virrey...
 DIEGO. De su grandeza
 no tengo ningún cuidado,
 que en sus largas cacerías
 pasa absorto muchos días.
 ISABEL. Dicen que está enamorado.
 DIEGO. ¿De alguna agreste hermosura?
 ISABEL. Yo no puedo a fe, decillo;
 mas Ginés, el pajecillo,
 refiere que en la espesura,
 del bosque, al morir el día

habla el virrey, y en su anhelo
suspira y contempla el cielo
con triste melancolía.

- DIEGO. ¿Y la Condesa?
ISABEL. Lo ignora;
y vive en tranquila calma,
sin una nube en el alma...
¡Es tan buena mi señora!
Sólo por vos he podido
traicionarla.
- DIEGO. No es traición,
es piedad.
- ISABEL. Tenéis razón,
vuestro amor me ha conmovido.
- DIEGO. Sensible sois.
- ISABEL. ¿Qué queréis?
Siempre a mí me causan penas
las desventuras ajenas.
- DIEGO. Pronto el Cielo ganaréis.
- ISABEL. Hablad bajo por favor.
- DIEGO. ¿Os recatáis? ¿quién diría?..
ISABEL. ¡Chist!.. Escucharnos podría
la nueva dama de honor.
- DIEGO. ¡Ah! (*Fijándose en Juana.*)
ISABEL. ¡Y es la Décima Musa!
Y cuentan que llega a tanto
lo mágico de su encanto,
que hasta tienen ciencia infusa.
La Condesa la prefiere.
- DIEGO. Justo es honrar la portento.
- ISABEL. Vive en su mismo aposento
y como hermana la quiere.
- DIEGO. ¿Y cuál es su cuarto?
ISABEL. Aquél.
- DIEGO. Esta sortija tomad,
id con Dios.
- ISABEL. Con Él quedad.
- DIEGO. Sois un tesoro, Isabel (*Vase Isabel.*)

ESCENA II

DICHOS MENOS ISABEL.

(*Don Diego se acerca a la mesa del fondo y escribe.*)

- DIEGO. (*Viendo a Juana*) (Yo lograré, tu alegría tornar en llanto.) (*Escribiendo.*) “Señor...”
- INÉS. (Este hombre me causa horror.)
- DIEGO. (Goza ya, venganza mía.) (*Escribiendo*)
 “Del honor contra la ley
 “la condesa ha dado abrigo
 “a otro afecto... Un buen amigo
 “avisa al noble virrey.
 “Su retrato ha dado ya
 “en prenda de amor a un hombre:
 “si os interesa su nombre,
 “Nuño de Alba os lo dirá.”
 (Ya pagaréis vuestra saña,
 vuestra aversión importuna).
 (*Cierra la carta y escribe en el sobre:*)
 “Al Marqués de la Laguna,
 virrey de la Nueva España.” (*Vase.*)

ESCENA III

INÉS

- INÉS. Mísero idioma, no puede expresar la pena mía;
 es brasa a la luz del día,
 se ofusca, se humilla y cede.
 Mustios y pálidos son
 estos versos.. ¿por qué en suma
 no puede verter la pluma
 lo que siente el corazón?
*Este amoroso tormento
 que en mi corazón se ve,
 sé que lo siento, y no sé
 la causa porque lo siento.
 Siento una grave agonía
 por lograr un devaneo,
 que empieza como deseo*

*y acaba en melancolía.*⁴
 Y entre tan varios dolores
 se juntan en mi existencia
 con el rigor de la ausencia
 del olvido los temores.

ESCENA IV

DICHA, DON NUÑO.

- NUÑO. La aurora de la ventura
 con clara luz amanece,
 pues que en palacio aparece
 este sol de la hermosura.
- INÉS. ¡Don Nuño!
- NUÑO. Inés, con porfía
 os buscó mi amante anhelo,
 y gracias le doy al Cielo
 de hallaros, señora mía.
- INÉS. Poco, a fe, le agradecéis.
- NUÑO. Siempre os mostráis desdeñosa;
 esquivas sois cuanto hermosa.
- INÉS. Perdonad... (*Hace ademán de irse.*)
- NUÑO. ¿Iros queréis?
 Dejáisme en tinieblas.
- INÉS. ¡Oh!
 ¡Me requerís! Ofendida
 debiera estar.
- NUÑO. Esta vida
 siempre en la vuestra vivió.
 Sois polo de imán oculto;
 sois portento sin igual,
 pirámide intelectual.
- INÉS. (*Sonriendo.*) Culto andáis
- NUÑO. Os rindo culto;
 sois un ángel, doña Inés.

⁴ Señalo con cursivas los versos de sor Juana Inés de la Cruz que Rosas Moreno cita en su obra y que advirtió, en el texto, con comillas. La redondilla de sor Juana presenta una variante: *para* por *acaba* (Juana Inés 102).

- INÉS. Advierto que blasfemáis;
si a lo inculto, culto dais,
inculto ese culto es.
Sellad el labio profano.
- NUÑO. Tenéis algo de divino
Y a daros culto me inclino,
pues sois serafín humano.
Vuestras prendas, vuestro porte
tienen inmenso poder.
- INÉS. Bien claro se deja ver
que habéis estado en la corte.
- NUÑO. Vuestro ingenio siempre va
a mi pasión a la mano:
no peco de cortesano;
de enamorado, quizá.
Ocultaros no podría
este amor rendido y ciego;
mas sorda sois a mi ruego
y a la triste pena mía.
- INÉS. Sois extremado en bondad.
- NUÑO. Vos, en desdén y en rudeza;
siempre esa noble altiveza
se advierte en la majestad
de hermosura vencedora;
mas soy audaz, caballero
y noble; constante os quiero:
esta es mi mano, señora.
- INÉS. Esta pobre majestad,
a pesar de su grandeza,
os quiere hablar con franqueza.
- NUÑO. ¡Oh!, sí, con franqueza hablad.
- INÉS. Agradezco la intención
que a ser franca me provoca,
y vais a ver en mi boca
entero mi corazón:
*Dos dudas en que escoger
tengo, y no sé cuál prefiera:
pues vos sentís que no quiera
y yo sintiera querer.
Si daros gusto me ordena
la obligación, es injusto*

*que, por daros a vos gusto,
haya yo de tener pena.
Mas, por otra parte, siento
que es también mucho rigor
que lo que os debo en amor
pague en aborrecimiento.
Y sea esta la sentencia
porque no os podáis quejar:
que entre aborrecer y amar
se parte la diferencia.
Y así quedo a mi entender,⁵
esta vez, bien con los dos:
con agradecer, con vos,
conmigo, con no querer.*

- NUÑO. A vuestro padre he de hablar,
venceré vuestra porfia.
INÉS. Si no habláis al alma mía
es preferible callar. (*Vase.*)

ESCENA V

NUÑO

- NUÑO. Muestra un injusto rigor:
olvidarla yo debiera;
pero, ¡ay!, olvidarla fuera
mi desventura mayor. (*Vase.*)

ESCENA VI

DON DIEGO Y JUAN INIESTRA *por la galería.*

- DIEGO. Aguarda... que no nos mire:
¡ah!, ya se fue... Juan Iniestra,
tú eres valiente.
INIESTRA. Don Diego,
sabéis que no hay quien me venza;
en Murcia nos conocimos
cuando...

⁵ La redondilla ofrece dos variantes: *parta* por *parte*, y *en mi entender* por *a mi entender* (Juana Inés 103).

- DIEGO. Basta.
- INIESTRA. ¡Qué soberbia
aventura! Me parece
que vuelvo a la noche aquella.
¡Pobre Conde de Vallejo!
La estocada fue maestra,
pero entonces os llamábais
don Rodrigo de Pereda,
y erais contador del conde.
- DIEGO. ¡Silencio! Si nos oyeran...
- INIESTRA. ¿Quiéres ganar cien ducados?
Sabéis que mi espada es vuestra.
¿Qué es lo que tengo que hacer?
- DIEGO. Es arriesgada la empresa.
- INIESTRA. Decid.
- DIEGO. Si cumples, el oro;
si no cumples, tu cabeza:
¿puedes contar con tres hombres
audaces cual tú?
- INIESTRA. Muy cerca
los tengo.
- DIEGO. Bien, esta noche
se aguarda al virrey, y hay fiesta
en palacio; allí en la plaza
los cuatro estaréis alerta:
a una señal penetráis
con disfraces y caretas.
Has de robar una dama
que yo mostraré.
- INIESTRA. Pues vengan
los ducados.
- DIEGO. Aquí están.
- INIESTRA. Muy bien. (*Cuenta el dinero y lo guarda.*)
- DIEGO. En la plaza espera.
- INIESTRA. Yo necesito un resguardo
para salir de esta tierra
por si acaso...
- DIEGO. Lo tendrás.
- INIESTRA. Pues la fortuna os proteja. (*Vase Iniestra.*)

ESCENA VII

DON DIEGO

DIEGO. El retrato de tu esposa
tengo al fin, ¡oh!, conde, y él
sirviendo a mis miras fiel
mi venganza hará gloriosa.
(Deja el retrato sobre la mesa.)

ESCENA VIII

DON NUÑO, DON DIEGO.

DIEGO. Siempre buscáis el retiro,
don Nuño; lo extraño en vos.

NUÑO. ¡Ay!

DIEGO. ¿Suspiráis? ¡Vive Dios!

NUÑO. ¡Ah!, sí, don Diego, suspiro.

DIEGO. ¿Por acaso saber puedo
quién es la dama? Decid:
¿quién es ella? Así en Madrid
me preguntaba Quevedo.

NUÑO. Es la noble Juana Inés
de Asbaje.

DIEGO. (¡Ah!) Sí, la doncella
llegada ayer; es muy bella,
y dicen qué sabia es.

NUÑO. ¡Sí!

DIEGO. Merecéis mis albricias
que es fama que esa señora
fue graduada de doctora
en las aulas pontificias
de aquesta universidad;
y cuentan que tanto sabe,
que fue de un obispo grave
vencedora.

NUÑO. Es la verdad.

DIEGO. Pero según aseguran
tiene amor, y no con vos.

NUÑO. ¡Oh!, don Diego.. ¡Vive Dios!

- DIEGO. Eso las damas murmuran.
 NUÑO. La envidia es infame.
 DIEGO. No
 puede así dejar de ser;
 pero es frágil la mujer...
 ¡Si supiérais lo que yo!
- NUÑO. *(Exaltado)* ¿Qué?
 DIEGO. Vuestro amor os exalta,
 mas reprimid vuestra llama;
 yo no hablo de vuestra dama.
- NUÑO. ¿Pues?
 DIEGO. De otra dama más alta.
 NUÑO. ¿De la condesa?
 DIEGO. Escuchad.
 Muchas cosas he sabido...
 ¡Ah!, ¿comprendéis este olvido?
*(Fingiendo que le sorprende el retrato que
 está en la mesa.)*
 Este traslado mirad.
 Volverlo a su dueño es ley,
 y ya que al virrey tratáis,
 os ruego que así lo hagáis.
- NUÑO. *(Guardando el retrato.)* Darlo al señor virrey.
 DIEGO. ¡Ah, la mujer!
 NUÑO. ¡Qué porfia!
 DIEGO. Vuestra dama...
 NUÑO. Yo la adoro,
 don Diego, porque es tesoro
 de bien y sabiduría.
- DIEGO. Será mucho su saber,
 pero es mala.
 NUÑO. ¡Caballero!
 DIEGO. Mala, muy mala, y lo infiero,
 don Nuño, de que es mujer.
 Tened precaución en fin:
 si Eva que nada sabía
 cometió cierta herejía,
 ¿qué hará sabiendo latín?
- NUÑO. Siempre gastáis buen humor.
 DIEGO. Siempre soy justo.
 NUÑO. No, a fe.

DIEGO. Por experiencia lo sé:
La mujer es un horror.
(Salen María Luisa y Juana y se quedan escuchando.)

Prendada de su belleza,
siempre está, de veras hablo,
su corazón en el diablo,
en las galas su cabeza.

Cuando en su rostro tranquilo
dulce calma se divisa,
debemos ver en su risa,
la risa del cocodrilo.

Cuando altiva, indiferente,
muestra desdén y recelo,
es su desdén el anzuelo
que engaña al pez inocente.

Cuando es amable y discreta,
el engaño lleva al cinto,
y es su pecho laberinto
más terrible que el de Creta.

Se agita su corazón
cual la veleta en el viento;
es su espejo el fingimiento,
el engaño es su ambición.

Ya nuestras iras afronta,
y ya sin motivo llora;
si es honrada, es gastadora,
si no es gastadora, es tonta.

Es su vida liviandad;
bella o no, joven o vieja
a la serpiente semeja.

NUÑO. No, don Diego.

DIEGO. Recordad
la manzana pestilente
que se comieron a dos,
contra el mandato de Dios,
la mujer y la serpiente;
la mujer pariente es
de Satanás, no es agravio.

NUÑO. Don Diego, sellad el labio,
que yo adoro a Juana Inés.

- DIEGO. Mucho lo siento por vos.
 NUÑO. Mirad que si el hierro empuño...
 DIEGO. Me dais lástima, don Nuño.
 NUÑO. Me ofendéis. ¡Ira de Dios!
 Riñamos en buena hora.
 DIEGO. Sois un necio.
 NUÑO. (*Desenvaina su espada.*) ¡Defendeos!
 (*Don Diego desenvaina también.*)
 LUISA. ¡Caballeros! (*Interponiéndose.*)
 INÉS. ¡Deteneos!
 DIEGO. (*¡Ah, la virreina!*)
 NUÑO. ¡Señora!

ESCENA IX

DICHOS, JUANA INÉS Y MARÍA LUISA.

- INÉS. (*A don Diego.*) Hombres necios que con mengua
 del honor de un caballero,
 encomendáis al acero
 los errores de la lengua.

*Hombres necios que acusáis
 a la mujer, sin razón,
 sin ver que sois la ocasión
 de lo mismo que culpáis;
 si con ansia sin igual
 solicitáis su desdén,
 ¿por qué queréis que obren bien
 y las incitáis al mal?*⁶

*Parecer quiere el denuedo
 de vuestro parecer loco,
 al niño que pone el coco
 y luego le tiene miedo.*

*¿Qué humor puede ser más raro
 que el que, falto de consejo,*

⁶ En sor Juana: *si por y* (Juana Inés 109).

*el mismo empaña el espejo,
y siente que no esté claro?
Con el favor y el desdén
tenéis condición igual,
quejándoos, si os tratan mal,
burlándoos, si os quieren bien.
Opinión, ninguna gana,
pues la que más se recata,
si no os admite, es ingrata,
y si os admite, es liviana.
Siempre tan necios andáis
que, con desigual nivel,
a una culpáis de crüel
a otra de fácil culpáis.⁷*

*¿Pues cómo ha de estar templada
la que vuestro amor pretende,
si la que es ingrata, ofende,
y la que es fácil, enfada?
Mas, entre el enfado y pena
que vuestro gusto refiere,
bien haya la que no os quiere
y quejaos en hora buena.
Dan vuestras amantes penas
a sus libertades alas,
y después de hacerlas malas
las queréis hallar muy buenas.*

*Pues ¿para qué os espantáis
de la culpa que tenéis?
Queredlas cual las hacéis,
o hacedlas cual las buscáis.*

DIEGO. Vencisteis en buena ley:
sois extremada en la lid.

NUÑO. ¡Oh!, sí.

LUISA. Don Diego, salid,
id a esperar al virrey. (*Vase.*)
(*A don Nuño.*) Y vos por allá
(*Señalando otra puerta.*)

⁷ En sor Juana: *por crüel y a otra por fácil.*

ESCENA X

JUANA INÉS Y MARÍA LUISA.

- LUISA. ¿Suspiras?
 INÉS. Siempre suspiro por él.
 LUISA. Vamos, desdobra el papel,
 que quiero oír esas liras.
 INÉS. Señora, el lenguaje vago
 bosquejo es del pensamiento,
 cual suele del firmamento
 ser bosquejo el turbio lago.
 Más su divino arrebol
 pincel humano no pinta:
 para el sol nos falta tinta,
 y el pensamiento es un sol.
 LUISA. Tu ingenio a tu musa acusa,
 mas la defiende la fama:
 ya el orbe hispano te aclama.
 como a la Décima Musa.
 INÉS. Señora, vuestra bondad
 siempre incesante se muestra;
 mi voluntad es la vuestra.
 LUISA. Bien, pues escucho.
 INÉS. Escuchad:
 “A un ausente.” (*Con voz muy conmovida*)
 No os asombre
 que yo me conmueva tanto;
 se deshace mi alma en llanto
 al recuerdo de aquel hombre.
 (*Leyendo.*) “Amado dueño mío,
 escucha un rato mis cansadas quejas,
 pues del viento las fio,
 si no se desvanece el triste acento
 como mis esperanzas en el viento.
 Yo sin cesar te aguardo:
 si miras hoy de Bética las flores,
 recuerda que aquí guardo
 la flor que prenda fue de mis amores,
 y que tanto la miro y quiero tanto
 que es su rocío mi amoroso llanto.
 Si del campo te agradas,

goza de sus frescuras venturosas.
 sin que aquestas cansadas
 lágrimas, te detengan, enojosas;
 que en él verás, si atento te entretienes,
 ejemplo de mis males y mis bienes.
 Si ves el cielo claro,
 tal es la sencillez del alma mía;
 y si, de luz avaro,
 de tinieblas emboza el claro día,⁸
 es con su oscuridad y su inclemencia,
 imagen de mi vida en esta ausencia.
 ¿Cuándo tu voz sonora
 herirá mis oídos, delicada,
 y el alma que te adora,
 de inundación de gozos anegada,
 a recibirte con amante prisa
 saldrá a los ojos desatada en risa?.
 ¡Ay!, ¿cuándo, gloria mía,
 mereceré gozar tu luz serena?
 ¿Cuándo llegará el día
 que ponga dulce fin a tanta pena?
 ¿Cuándo veré tus ojos, dulce encanto,
 y de los míos secarás el llanto?..

LUISA. En conceptos que son flores,
 tu galana poésia
 traduce bien, a fe mía,
 de la ausencia los rigores.
 Conozco tu sentimiento,
 que yo, Juana, sin reposo,
 aunque corta, de mi esposo
 la ausencia también lamento.

INÉS. Le deseo conocer
 ya que conozco su fama,
 que el que es vuestro y tanto os ama,
 grande sin duda ha de ser.
 Mucho, a fe, señora mía,
 vuestro tormento me pesa.

⁸ Las palabras en redondas no corresponden al texto de sor Juana. En la lira de sor Juana: *se emboza* (Juana Inés 168).

- LUISA. Consuérame, que hoy regresa
de su larga cacería.
- INÉS. Pues hoy vuestra dicha es doble,
que abrazaréis anhelante
a un esposo y a un amante
tan generoso y tan noble.
- LUISA. Juana, el dolor de los celos
viene a ofuscar mis amores.
- INÉS. No hay corazón sin dolores,
no existen sin nubes cielos.
¿Mas pruebas tenéis?
- LUISA. Ignoro
si es culpable; solo sé
que lloro y suspiro, y que
entre temores le adoro.
- INÉS. Al mirar el tierno amor
cuya ausencia os causa duelo,
aún más conocer anhelo
al virrey vuestro señor.
Su nobleza generosa
es digna, la fama cuenta,
del gran rey que representa
y digno de tal esposa.
Aunque nunca yo le vi,
joven y hermoso le creo
Y digno de tal empleo.
- LUISA. Es verdad, digno de mí.
¿Y tu amado? Di quién es,
di su nombre.
- INÉS. No os asombre,
señora, no sé su nombre.
- LUISA. Es extraño, Juana Inés.
- INÉS. Señora, la historia mía
encierra tristes memorias,
cual las que guardan historias
de andante caballería:
cual semidios inmortal
de los que Homero ha pintado,
a mi doncel adorado,
mi hermoso valle natal
miré cruzar una vez.

Jamás su recuerdo pierdo;
 palidezco a su recuerdo:
 contemplad mi palidez.
 Era una tarde: volaba
 negra tormenta y rugía;
 sus ojos el sol cubría
 y el cielo ciego quedaba.
 A mis padres, ¡ay de mí!
 de amor y ambiciones ciego
 quiso robarme don Diego.

LUISA. ¿Don Diego de Illezcas?

INÉS. Sí.

LUISA. ¡Perverso!

INÉS. Y torpe y crüel.

LUISA. Prosigue.

INÉS. Asíome en sus brazos...

LUISA. ¡Infame!

INÉS. De aquellos lazos...

LUISA. ¿Te arrancaron?

INÉS. Era él.

Combatieron con ardor;
 rayos eran las miradas,
 eran rayos las espadas,
 eran rayo su furor.
 Huyó don Diego cobarde,
 y como en bronce grabada
 queda la historia pasada,
 quedó en mi pecho esa tarde.
 Él de sus ojos la viva
 llama en mis ojos fijó,
 y no bien me libertó,
 de amor me dejó cautiva.
 Su favor le agradecí,
 y aunque verlo no quería,
 amor, él, en mí veía.
 Yo amor en sus ojos vi.
 Mi mirada, entre sonrojos,
 le reveló mi pasión,
 que cuando habla el corazón
 no pueden callar los ojos.

LUISA. ¿Desde entonces?

- INÉS. Por él lloro.
- LUISA. ¡Ah, Juana Inés!
- INÉS. Y sin calma
vivo sin él, y sin alma
que es el alma en quien adoro.
- LUISA. ¿Le has vuelto a ver?
- INÉS. El ingrato
partió lejos de mi amor;
dióme en prenda esta flor
y yo le di mi retrato;
él comprendió en mi ansiedad
que era mi gloria, mi aliento,
mi ambición, mi pensamiento,
mi dicha, mi eternidad...
Pero el alma un mal presente
al ver que flor marchitada,
flor en cenizas tornada
es prenda de fuego ardiente.
Aunque alejóse crüel,
vive siempre en mi memoria,
y es mi ventura, la gloria
de que padezco por él.
Desde que le amo, percibo
grandeza en mis pensamientos,
aliento con dos alientos,
con dos existencias vivo:
su recuerdo me acompaña.
- LUISA. Consuélate, Juana Inés,
presto sabremos quién es,
escribiremos a España.
- INÉS. ¡Si le volviera a mirar!
- LUISA. Será mío tu contento.
Aguárdame aquí un momento,
voy por el conde a rezar.
(*Vase por la galería.*)

ESCENA XI

INÉS (*sola, tomando la flor.*)

INÉS. *Rosa divina que en gentil cultura
fuiste,⁹ con tu fragante sutileza,
magisterio purpúreo en la belleza,
enseñanza nevada a la hermosura.
Prenda de mi pasión ardiente y pura;
aunque ejemplo de vana gentileza,¹⁰
y aunque en tu ser unió naturaleza
la cuna alegre y triste sepultura;
no cual tú morirás mi fe querida,
que tú, que el riesgo de morir desdeñas,
yaces al fin marchita y encogida;
de tu caduco ser das mustias señas,
mas no es mi amor así, tú con tu vida
tan solo al falso amor la vida enseñas.
(Se dirige a su habitación y al abrir la puerta
se encuentra con don Diego.)*

ESCENA XII

JUANA INÉS, DON DIEGO.

INÉS. ¡Ah! ¡Vos aquí!
DIEGO. Juana Inés,
¡silencio, silencio! (*Tomándole las manos.*)
INÉS. (*Rechazándole.*) Idos...
¿Qué pretendéis?
DIEGO. Ya que injusta
mi corazón has herido,
y despreciando mi amor
de otro amor me haces ludibrio,
sabré obligarte.

⁹ En sor Juana: *eres* (Juana Inés 135).

¹⁰ Las palabras en redondas no corresponden al texto de sor Juana. En sor Juana: *de la vana*.

- INÉS. ¡Jamás!
- DIEGO. Está ya comprometido
el honor....
- INÉS. Mi honor, don Diego,
como el Sol fulgura límpido;
ni al cielo alcanza el insecto,
ni vos...
- DIEGO. ¡Juana!
- INÉS. Al honor mío.
¡Basta ya!; salid.
- DIEGO. Mi mano
te ofrezco.
- INÉS. Callad.. ¡Qué he oído!
- DIEGO. Penetrar por el balcón
de tu aposento me han visto
cien caballeros y damas.
- INÉS. ¡Sois un infame!
- DIEGO. He querido
comprometerte.
- INÉS. (*Con dignidad.*) ¡Salid!
o doy voces.
- DIEGO. He vencido
siempre, Juana, y venceré.
Esa flor.. (*Pretende arrebatarla: luchan.*)
- INÉS. Quitad... ¡Dios mio!
¡Socorro!
- DIEGO. ¡Triunfé!
- INÉS. ¡Señora! (*Corre hacia la galería. Don Diego se va precipitadamente por la derecha.*)

ESCENA XIII

DICHOS, NUÑO.

(Nuño desenvaina su espada y se va en seguimiento de don Diego.)

NUÑO. ¡Deteneos! ¡Vive Cristo!

ESCENA XIV

INÉS, MARÍA LUISA. *(Después varios caballeros.)*

LUISA. ¡Juana Inés!

INÉS. *(Con mucha agitación.)* Señora... aquí van a cruzar sus aceros ...

Don Diego... ¡Infame! ¡Ay de mí!

LUISA. ¡Guardias!, venid... Caballeros, *(Aparecen varios caballeros.)*
¡corred!.. ¡corred por allí! *(Vanse.)*

ESCENA XV

INÉS, MARÍA LUISA.

LUISA. ¿Pero qué es lo que ha pasado?

INÉS. ¡Señora! .. *(prorrumpiendo en llanto.)*

LUISA. Juana, no llores.

INÉS. El traidor me ha arrebatado
la rosa de mi adorado,
la prenda de mis amores.

ESCENA XVI

DICHOS, RAMIRO Y DOÑA MENCIA.

RAMIRO. Grande escándalo se advierte.

INÉS. Es muy triste y dolorosa
de rosa y mujer la suerte...
la vida, señora, es muerte
en la mujer y en la rosa.

MENCIA. ¡La nueva dama de honor!

INÉS. Mi destino es padecer.
MENCIA. Era su amante, ¡qué horror!

ESCENA XVII

DICHOS, DON NUÑO Y CABALLEROS.

(Don Nuño entra con la espada desenvainada.)

NUÑO. Aquí tenéis vuestra flor.
INÉS. ¡Pobre flor! *(la besa apasionadamente.)*
¡Pobre mujer!
(Se arroja sollozando en brazos de María Luisa.)

CAE EL TELÓN.

ACTO SEGUNDO

La misma decoración.

ESCENA I

DOÑA MENCIA, ISABEL.

- MENCIA. ¡Qué liviano atrevimiento!
 ISABEL. ¿Qué decís, doña Mencía?
 MENCIA. Yo misma vi que salía
 don Nuño de ese aposento.
 No hago mal en referir
 hechos que públicos son:
 entraba por el balcón;
 muchos le vieron subir,
 y a Juana hallaron con él.
 ISABEL. De otra fueron los deslices.
 MENCIA. ¿Qué?
 ISABEL. La condesa...
 MENCIA. ¿Qué dices?
 Calla por Dios, Isabel.
 Juana Inés es muy ligera;
 no sé dónde dejaría
 su mucha sabiduría
 para obrar de esa manera.
 Nueva en palacio, la ley
 que rige aquí desconoce;
 llegada ayer, se conoce
 que no conoce al virrey.
 ¡Provocar una pendencia!
 Debe ignorar en verdad
 la austera severidad
 que despliega su excelencia.
 ISABEL. Tal vez Juana no esté pura,
 mas la condesa... A fe mía...
 MENCIA. Calla, Isabel ¡Qué osadía!
 ISABEL. Mucho la corte murmura...
 como allí viven las dos...
 como don Nuño la adora...
 MENCIA. ¿Sospechas de mi señora?

Isabel, calla por Dios.
 ISABEL. Yo no aseguro...
 MENCIA. Enconosa
 es la calumnia ¡Dios mío!
 ISABEL. Yo pensé que el desafío...
 MENCIA. Fue por causa de la rosa
 que Juana le dio, ya ves...
 ISABEL. Será; pero yo creí...
 MENCIA. Vámonos presto de aquí,
 que se acerca Juana Inés. (*Vanse.*)

ESCENA II

JUANA INÉS

INÉS. De liviandad ¡oh dolor!
 gente liviana me arguye,
 pretende mi deshonor...
 ¡Pobre mujer es la flor
 que hasta el gusano destruye!
 Luchemos, luchemos, sí.
 ¿No sabes, alma, vencer?..
 La gloria se encuentra aquí...
 Soy desdichada, ¡ay de mí!
 por hermosa y por mujer.
 Dolo, maldad, ambición,
 señores del mundo son;
 si es el mundo polvo inmundo,
 ¿en dónde cabe este mundo
 que siento en mi corazón?
 ¡Oh calumnia! Mi alma es dueña
 del honor y te desdía:
 que Dios su fuerza me mande,
 y la calumnia más grande
 para alcanzarme es pequeña.
 Mancharme intentan... ¡Qué anhelo!
 ¡Oh!, razón, no tengas duelo,
 mira el insulto con calma.
 Yo tengo un cielo en el alma,
 ¿quién puede manchar el cielo?

ESCENA III

EL VIRREY, DICHA.

- INÉS. ¡Ah!, mi dueño, ¡gran Dios! (*Corriendo hacia él.*)
 VIRREY. ¡Alma del alma!
 INÉS. ¡Mi bien, al fin te miro!
 VIRREY. ¡Tu aliento al fin repiro!
 INÉS. ¡Esta es la dicha!, ¡sí! Guarda un tesoro
 de amor mi corazón.
 VIRREY. ¡Y yo te adoro!
 INÉS. ¡Repite esa palabra venturosa!
 VIRREY. ¡Oh!, ¡sí te adoro, Inés! (*¡y cuán hermosa!*)
 (*Es horrible mi dicha, que es horrible
 amar un imposible.*)
 INÉS. Pero volviste al fin, ¡Déjame verte!
 VIRREY. Verte quiero también
 INÉS. ¡Cuánto te quiero!
 VIRREY. Mi gloria es bendecirte y es quererte.
 INÉS. Cesó el dolor.
 VIRREY. Te estrecho entre mis brazos.
 INÉS. Y lloro de placer, lloro y sonrío...
 VIRREY. Inés, en ti deslumbran
 del genio la grandeza,
 la noble discreción y la belleza.
 INÉS. Cuando rayos de amor el alma halagan,
 belleza, ingenio y sol su luz apagan.
 VIRREY. ¡Ven a mis brazos! ¡ven!
 INÉS. Y siempre unidas
 estén cual nuestras manos nuestras vidas.
 VIRREY. (*¡Fatalidad odiosa!*)
 INÉS. Muy venturosa soy tu rostro viendo.
 VIRREY. Estoy al fin la gloria comprendiendo.
 INÉS. Tu ausencia lamentaba
 en vena amarga, en lágrimas copiosa.
 VIRREY. Amante suspiraba.
 INÉS. Y siempre tu recuerdo acariciaba
 regando con mis ojos esta rosa, (*la muestra*)
 y nunca la apartaba
 del pecho palpitante.
 VIRREY. Instante por instante

- tu imagen contemplaba.
- INÉS. ¡Oh dicha!
- VIRREY. ¡Juana mía!
- INÉS. No te apartes de mí, que me parece que vas a abandonarme todavía.
- VIRREY. (¡Oh, Dios!)
- INÉS. ¿Por qué te fuiste?
- Responde ¡por piedad!
- VIRREY. ¡Inés!
- INÉS. ¡Bien mío!
- VIRREY. ¿Dónde hay gloria más grande que mirarte y sin cesar amarte?
- Dios sabe que contigo mi edén encontraría.
- Dios sabe que este amor nació conmigo.
- INÉS. Yo te juzgaba infiel...
- VIRREY. ¡Infiel! (¡Oh, cielos!)
- INÉS. Y devorando enojos, en la loca inquietud de mis anhelos, pasaba ante mis ojos la sombra de los celos.
- VIRREY. ¡Inés!
- INÉS. Lloraba tanto, que aquella sombra dispóse en llanto.
- VIRREY. Sí.
- INÉS. Mas tú, ¿no me dijiste que nunca de mi amor te apartarías?
- VIRREY. Juana... mi patria...
- INÉS. Es cierto; mas hoy, ya no tirano quieras dejarme, no, pide mi mano.
- VIRREY. (¡Ah!, ¡maldición!)
- INÉS. ¡Mi bien!
- VIRREY. (Me siento yerto.)
- INÉS. ¿Mas piensas en tu patria todavía?
- ¿No es tu patria, mi bien, el alma mía?
- A la palabra santa Lázaro alzóse del sepulcro frío y al verte a ti, bien mío, mi dicha del sepulcro se levanta.
- VIRREY. ¿Pero en palacio tú? No lo comprendo.

- INÉS. Ya soy dama de honor de la condesa.
 VIRREY. (¡Oh, Dios!)
 INÉS. Y tú, mi bien, dime tu nombre. (*Pausa.*)
 Eres noble...
 VIRREY. (¡Ay de mí!)
 INÉS. No desconfío.
 Tu nombre has ocultado,
 razón, razón tendrás; no con enojos
 me mires.
 VIRREY. Nunca, no (soy un malvado.)
 INÉS. Nunca, ¿es verdad? ¿Ya nunca
 de mí te apartarás? Son tus amores
 cual brisa lisonjera.
 VIRREY. Tu amor mi corazón llena de flores.
 INÉS. Tu amor es luz, es sol, es primavera.
 LUISA. (*Dentro.*) ¡Juana!
 VIRREY. (¡Qué oí!)
 INÉS. Me llama mi señora,
 ¡adiós; ya nos veremos!
 Habla a mi padre pronto.
 VIRREY. (¡Oh, Dios!)
 INÉS. Y unidos
 ya jamás nuestra vida apartaremos.

ESCENA IV

EL VIRREY.

- VIRREY. ¡Oh, desdicha! Este afanar
 del alma debo calmar;
 pero calmarlo no puedo,
 de sentirlo tengo miedo,
 y este miedo es mi pesar.
 Cuando el astro de mi amor
 vierte su luz apacible,
 he de apagar su esplendor:
 ¡oh, cuán horrible dolor
 es amar un imposible!
 Cuando mitigan mis penas
 palabras de encanto llenas,
 se abre a mis pies un abismo;

y en mi desdicha yo mismo
 he de ponerme cadenas.
 Después de tanto anhelar,
 tras de tanto desear,
 debes morir, amor mío,
 arroyuelo que al ser río
 halla su tumba en el mar...
 Huye, pues, de mi memoria,
 no te quede ni tu gloria,
 porque eres tú, por tu suerte,
 guerrero que halla la muerte
 al alcanzar la victoria.
 El deber de la nobleza
 a herir mi pecho me obliga.
 ¡Oh!, se pierde mi cabeza...
 ¡Qué infeliz es la grandeza
 cuando es del alma enemiga!..
 Me manda el deber sufrir;
 y en otros lazos cautivo
 mi corazón debo herir;
 ¡Y sin ella he de vivir
 cuando sin ella no vivo!
 ¡Oh, cielos! a mi dolor
 piadosos debiérais ser:
 ¡qué implacable es el honor!
 O haced que calle el deber,
 o que me mate el amor.

ESCENA V

DICHO, RAMIRO.

RAMIRO. Si permite vüexcelencia...
 VIRREY. ¡Oh!, ven, Ramiro, ven aquí,
 que necesito de ti:
 un infierno es mi existencia
 recuerda que siendo niño,
 en tus brazos me meciste,
 mi padre segundo fuiste;
 necesito tu cariño.
 Hoy que penas a millares

umentan mi agitación,
busco, amigo, un corazón
que comprenda mis pesares.

RAMIRO. ¿Qué os pasa, señor?, ¿quién es
el que digustos os da?

VIRREY. ¿Sabes, Ramiro, que está
en palacio Juana Inés?

RAMIRO. Sí, desde ayer.

VIRREY. Cuando apenas
este amor se adormecía
vuelve a herir el alma mía
con el dardo de sus penas.
Su fuego apagar no es dable,
y me atormenta inflexible,
poderoso, irresistible,
dominador, implacable.
Y este afán que me conmueve
y que mis ansias aviva,
es el águila cautiva
que en vano las alas mueve.
Mi propio afanar me espanta,
que entre mi amor y el bien mío
audaz el destino impio
un imposible levanta.

RAMIRO. Olvidad.

VIRREY. ¿Lo puedo hacer
cuando esta ardiente pasión
que agita mi corazón,
es el alma de mi ser?
Al cielo quise llegar
soñando en amante anhelo,
y estoy contemplando el cielo
y no lo puedo alcanzar.
Su rostro acabo de ver;
oí su dulce suspiro.
¡Es tan hermosa, Ramiro!
¡Es un ángel!

RAMIRO. Es mujer.

VIRREY. ¡Calla!.. ¡La infame maldad,
se atreve al ángel sublime!
Calla.

- RAMIRO. Por más que os lastime,
he de decir la verdad.
- VIRREY. ¿Qué? ¡Vive Dios!
- RAMIRO. Su hermosura
cien amantes ha tenido,
y hoy un escándalo ha habido
y ya la corte murmura.
- VIRREY. Habla, di con brevedad.
- RAMIRO. Entró a su aposento un hombre.
- VIRREY. ¡Ira de Dios! ¿Y su nombre?
(Callad, ¡oh, celos!, callad.)
- RAMIRO. Como en el mismo aposento
viven la condesa y Juana,
la corte mordaz y vana
calumnias arroja al viento.
- VIRREY. ¡Esto más!
- RAMIRO. Él ostentaba
como conquista de amor...
- VIRREY. ¡Ira del Cielo!
- RAMIRO. Una flor.
- VIRREY. ¡Su nombre! ¡Su nombre! Acaba.
- RAMIRO. Don Nuño de Alba.
- VIRREY. ¿Qué oí?
¿Y así el sagrado atropella
de palacio?
- RAMIRO. Hablad con ella,
que se dirige hacia aquí (*Vase.*)

ESCENA VI

VIRREY, JUANA INÉS.

- INÉS. Qué triste el tiempo, bien mío,
pasa lejos de tu lado.
- VIRREY. (*Severo.*) Bien lo habéis aprovechado
- INÉS. ¿Qué es esto? Yo desvarío...
Tú eres la gloria del alma,
tú eres mi vida, mi dueño;
serena el airado ceño,
vuélvele al pecho la calma.
¡Mi bien!

- VIRREY. Apartad.
 INÉS. ¿Qué oí?
 Son injustos tus enojos.
 (¡Está mirando mis ojos
 y puede dudar de mí!)
 Escucha.
- VIRREY. Basta, señora.
 INÉS. Yo deliro, cielo santo...
 ¿Gozas acaso en mi llanto?
- VIRREY. (¡Y llora la aleve, y llora!)
 INÉS. Habla, dime; la amargura
 deja, por Dios, de verter
 en mi pecho.
- VIRREY. Es mi placer
 el verte sufrir, perjura...
 INÉS. ¡Yo..! ¡Yo perjura! Y no estalla
 mi corazón a este nombre!
- VIRREY. Entró en tu aposento un hombre
 y tú eres su amante.
 INÉS. (Con indignación.) Calla.
- VIRREY. Don Nuño...
 INÉS. Basta. No quiero
 más oír... (El virrey quiere hablar.)
 Por compasión,
 si no tenéis corazón,
 sed al menos caballero.
 Ofendéis vuestra hidalguía.
- VIRREY. Explicación necesito.
 INÉS. Hasta la duda es delito
 si se atreve a la honra mía.
 Si ciego no estáis...
- VIRREY. ¡Inés!
 INÉS. Ved espléndida y luciente
 la alba pureza en mi frente
 y la calumnia a mis pies.
- VIRREY. La corte os está culpando:
 todos murmuran.
 INÉS. ¡Qué he oído!
 Me avergüenza haber querido
 al que me ofende dudando.
 Honor como rey se abona,

- y mi honor en su grandeza
 ciñe en su altiva cabeza
 la inmaculada corona.
- VIRREY. (Ah, ¿qué escucho? Hay en su acento
 la magia de la verdad.)
 Explicadme.
- INÉS. Apartad,
 que hablaros me da tormento.
- VIRREY. Oye...
- INÉS. Dejadme.
- VIRREY. ¡Por Dios!
 Yo bien sé que es tu inocencia...
- INÉS. Para Dios y mi conciencia.
- VIRREY. ¡Juana Inés!
- INÉS. No para vos.
- VIRREY. Yo te adoro.
- INÉS. Yo arrancar
 vuestro amor, del alma quiero.
- VIRREY. Calma este afán.
- INÉS. (Yo me muero,
 siento mi pecho estallar.)
- VIRREY. Con la calumnia esparcida
 yo dudé... se dijo aquí...
- INÉS. Pues gozad lejos de mí
 con vuestra duda homicida.
- VIRREY. Bien, señora; pues la suerte
 goza con vos en mi daño,
 iré con mi desengaño
 sin vos a buscar la muerte.
- INÉS. ¡Ah!
- VIRREY. Libre os llegaréis a ver,
 sed feliz con mi agonía.
 ¡Maldito el hombre que fía
 en palabras de mujer!
 Resuelto sabré apagar
 de este amor la ardiente llama.
 (Se dirige a la puerta.)
- INÉS. (¡Y no vuelve!)
- VIRREY. (Deteniéndose.) (¡Y no me llama!)
- INÉS. (¡Y no lo puedo llamar!) (Se dirige Inés a
 su habitación.)

- VIRREY. (*Corriendo hacia ella.*)
¡Ah!, ven; tu perdón ansío.
INÉS. Yo no puedo perdonaros.
VIRREY. (*Con ira.*) ¡Oh!
INÉS. Debéis de mí alejaros.
VIRREY. Juana: adiós...
INÉS. Adiós...
¡Dios mío!
(*Prorrumpe en llanto.*)

ESCENA VII

JUANA INÉS

- INÉS. ¡Ay!, destrozan por mi daño
las flores de mi esperanza,
el hielo de la mudanza
y el áspid del desengaño.

ESCENA VIII

DICHA, DON PEDRO.

- INÉS. Padre y señor.
PEDRO. He sabido
que mis canas ultrajando,
triste ejemplo a damas dando,
hoy el objeto habéis sido
de las lenguas; y por Dios,
que atento a vuestro saber
tan ligero proceder
no imaginaba de vos.
INÉS. Os ruego que vuestro labio
tal ofensa no me infiera,
que al hablar de esa manera
vos mismo os hacéis agravio.
Soy vuestro propio reflejo,
sangre vuestra, y muerte hallara
antes, señor, que manchara
de vuestro honor el espejo.

Sé que con noble valor,
 y hechos que al mundo admiraron,
 mis abuelos consignaron
 que no hay vida sin honor.
 De vuestro ejemplo aprendí
 y aquí en el alma lo llevo,
 lo que es honor, lo que debo
 a mi Dios, a vos y a mí.
 Mi alta frente he levantado
 que herir la calumnia intenta:
 del que calumnia es la afrenta,
 la gloria del calumniado.
 Soy inocente. Mi honor
 está como el cielo puro...
 Yo por la Madre os lo juro
 del Divino Redentor.

PEDRO. Soy Asbaje, y se os advierte
 que nadie ultrajó a un Asbaje
 que no llorara el ultraje
 entre el afán de la muerte.
 Honrada estáis. La serena
 virtud, Juana, en vos admira,
 mas culpada el mundo os mira
 y la apariencia os condena.
 Hoy mismo por vuestro amor
 dos hombres aquí han reñido:
 don Diego se encuentra herido,
 y don Nuño os dio una flor.
 Lenguas hay que arrojan menguas
 con pensamientos arteros,
 y no hay en el mundo aceros
 para cortar tantas lenguas.
 Lo que ha de hacerse pensé;
 y es el camino más llano
 que al ofensor deis la mano,
 o que yo muerte le dé.

INÉS. ¡Ah, señor! terrible pena
 mi desdicha me previene;
 a la que culpa no tiene
 a sufrir se le condena.

PEDRO. Lo manda el deber.

- INÉS. Piedad
 aguardo ¡oh!, padre, de vos.
- PEDRO. Hoy os casáis.
- INÉS. ¡Nunca!
- PEDRO. ¡Oh, Dios!
 ¡Nunca ha dicho!
- INÉS. Perdonad.
- PEDRO. ¿No sois, Inés, hija mía,
 que me hacéis tal desacato?
 ¿Mi voluntad no es mandato?
- INÉS. Compadeced mi agonía.
- PEDRO. Basta.
- INÉS. Mirad condolido
 a la mujer desdichada (*Se arrodilla.*)
 A vuestras plantas postrada,
 de rodillas os lo pido.
- PEDRO. Ya mucho en oíros tardo,
 basta ya, y obedecedme.
- INÉS. (*Levantándose.*) Bien, señor; resuelta vedme
 y de vos la muerte aguardo,
 piadoso debéis matarme,
 que será menor suplicio
 que el odioso sacrificio
 a que queréis condenarme.
- PEDRO. Poniendo a las lenguas muro
 elijo el medio más sabio,
 que así mi honor desagratio
 y vuestra paz aseguro.
 Voy a su excelencia a ver;
 y mirad que yo lo quiero.
- INÉS. Mirad, señor; que me muero.
- PEDRO. Mirad, vos, que así ha de ser. (*Vase.*)

ESCENA IX

JUANA INÉS

- INÉS. Sufre y llora, alma ofendida,
 si tal situación te asombra,
 que a llorar eres nacida,

y es la gloria de la vida
humo, polvo, viento y sombra. (*Vase.*)

ESCENA X

DON DIEGO E INIESTRA (*por la galería.*)

DIEGO. Va la fiesta a comenzar;
es el preciso momento.
INIESTRA. ¿La dama?
DIEGO. En su cuarto entró,
procura estar en acecho.
INIESTRA. ¿El pasaporte?
DIEGO. Hélo aquí.
¿Tu gente?
INIESTRA. Lista la tengo.
DIEGO. Evita cualquier escándalo.
INIESTRA. Estad tranquilo, don Diego.
DIEGO. Mucha prudencia y sigilo,
y sobre todo, silencio,
porque hay secretos que matan.
INIESTRA. Para callar soy un muerto.
DIEGO. El virrey viene hacia aquí,
que no te mire.
INIESTRA. Obedezco. (*Vase.*)

ESCENA XI

DON DIEGO, EL VIRREY.

DIEGO. Señor virrey.
VIRREY. Dios os guarde,
secretario de la Audiencia.
DIEGO. Mis plácemes, gran señor,
os doy, pues estáis de vuelta.
VIRREY. Don Diego, la cortesía
es propia de vuestras prendas.
DIEGO. Señor conde, me retiro
si permite vuexcelencia.
VIRREY. Esperad.
DIEGO. Señor.

- VIRREY. Don Diego,
en palacio una reyerta
provocásteis.
- DIEGO. ¿Yo, señor?...
- VIRREY. La causa saber quisiera.
¿Estáis herido?
- DIEGO. No es nada.
- VIRREY. Hablad.
- DIEGO. Permitid...
- VIRREY. Si intenta
enmudecer vuestro labio
será que la culpa es vuestra
y avisaré a la justicia.
¿Qué ocasionó la pendencia?
- DIEGO. Una dama.
- VIRREY. (¡Oh, Dios!) ¿Su nombre?
- DIEGO. Dejad que evite su afrenta.
- VIRREY. ¡Ira del Cielo! ¿Calláis?
- DIEGO. Temo, señor, que os ofenda
el saberlo.
- VIRREY. ¡Vive Dios...
que se agota mi paciencia!
Su nombre...
- DIEGO. Señor...
- VIRREY. Su nombre.
- DIEGO. Mi señora la condesa.
- VIRREY. ¡Villano!, ¿y os atrevéis
a inferirme tal ofensa?
- DIEGO. Yo al infame he perseguido,
señor.
- VIRREY. (Horrible sospecha.)
- DIEGO. Refíjamos...
- VIRREY. Decidlo todo;
pero ¡ay de vos! si a mi excelsa
y noble esposa, atrevido
calumniáis con torpe lengua.
- DIEGO. Digo, señor, la verdad.
(Ya mi venganza comienza.)
- VIRREY. Ya escucho.
- DIEGO. Al caer la tarde,
volviendo yo de la Audiencia,

- vi salir de ese aposento
un hombre.
- VIRREY. ¡Decid quién era!
- DIEGO. Don Nuño de Alba.
- VIRREY. Seguid.
- DIEGO. No notando mi presencia
exclamó: “ya Luisa es mía,
mi dicha a la gloria llega”.
- VIRREY. Callad.
- DIEGO. Señor...
- VIRREY. Proseguid.
- DIEGO. Airado por su insolencia,
“mentís”, exclamé; “¡cobarde!”
- VIRREY. Acabad. (La ira me ciega.)
- DIEGO. Y la espada desnudé
de vuestro honor en defensa;
reñimos, pero a las voces
y estruendo de la pelea,
cien caballeros llegaron,
evitando que muriera
don Nuño...
- VIRREY. Basta (*Llamando.*) ¡Ramiro!

ESCENA XII

DICHOS, RAMIRO.

- RAMIRO. ¿Qué me manda vuexcelencia?
- VIRREY. A Nuño de Alba llamad.
¿Qué os detiene? ¡Vive Dios!
- RAMIRO. Esta carta para vos.
me dio un paje.
- VIRREY. Despachad.

ESCENA XIII

DICHOS, MENOS RAMIRO.

(*El virrey abre la carta.*)

- DIEGO. (Mi carta... Apenas respiro...)

(Pasan por el fondo varios enmascarados, recatándose cautelosamente.)

(Ya Juan Iniestra ha llegado; si acierta a ver Ramiro... temblando estoy... No ha notado su presencia.)

VIRREY. ¡Oh, Dios! ¿Qué miro?

DIEGO. Señor...

VIRREY. ¡Infame! No hay duda *(Viendo la carta.)*
¡Él, su retrato!..

DIEGO. Señor...

VIRREY. ¡Sangre, sangre! mi furor
vibre el acero y acuda
en defensa del honor.

Mirad. (Le da la carta a don Diego.)

DIEGO. ¡Oh, Dios!

VIRREY. No concibe
el alma tanta maldad.

DIEGO. *(Triunfé.)*

VIRREY. Ramiro, *(llamando)* llamad,
que es cada instante que él vive
espantosa eternidad.

DIEGO. Reportaos.

VIRREY. ¡El villano
osa atreverse hasta mí!
Tiembla el puñal en mi mano.

DIEGO. *(Leyendo.)* El traslado soberano
de vuestra esposa...

VIRREY. Sí, sí...
¡Don Nuño de Alba! ¡Insolente!,
no hará de su triunfo alarde.

DIEGO. *(Hipócritamente.)* La condesa es inocente.

VIRREY. *(Sin oírlo.)* Yo aplastaré a la serpiente.
¡Ah!, por fin llega el cobarde.

ESCENA XIV

DICHOS, NUÑO.

NUÑO. Señor...

VIRREY. Venid. A mi honor

- osáis hacer desacato.
- NUÑO. ¿Yo?
- VIRREY. ¿Comprendéis mi rencor?
Dadme al punto ese retrato,
dádmele al punto. (*Don Nuño le da el retrato.*)
- NUÑO. ¡Señor!..
- VIRREY. (*Viendo el retrato.*) ¡Ah! ¿Y osasteis mancillar
mi honra y mi sangre? Matar
sabe mi mano.
(*Desenvaina el puñal y corre hacia don Nuño.*)
- NUÑO. Teneos.
- DIEGO. Es justicia.
- VIRREY. (*Arroja el puñal y desnuda la espada.*)
Defendeos,
nunca supe asesinar.
- NUÑO. ¿Os irritáis contra mí?
- VIRREY. ¡En guardia!
- INÉS. (*Dentro.*) ¡Favor! ¡Favor!
- DIEGO. (*¡Cielos!*) (*Se oye rumor de espadas dentro.*)
- INÉS. (*Dentro.*) ¡Socorro!
- VIRREY. ¿Qué oí?
Esa voz... (*Don Nuño y el virrey se dirigen hacia
el cuarto de Juana Inés; ésta aparece en el
momento en que corre don Diego a la galería.*)
- INÉS. ¡Guardias, aquí!
- VIRREY. ¡Juana! (*Entran guardias y caballeros.*)
- INÉS. (*Señalando a don Diego.*) Prended al traidor.
(*Los guardias prenden a don Diego.*)

CAE EL TELÓN.

ACTO TERCERO

(La misma decoración. Es de día.)

ESCENA I

DOÑA MENCIA, ISABEL, RAMIRO.

- MENCIA. Causanme a fe maravilla
tan impensados sucesos.
- ISABEL. ¡Qué escándalo, Virgen Santa!
- MENCIA. El raptor era don Diego
y en su poder estaría
Juana, a no ser por don Pedro
que rondando cauteloso
pudo acudir a buen tiempo.
- ISABEL. Pues se dijo que don Nuño...
- RAMIRO. El amante caballero
está inocente de todo.
- ISABEL. El raptor se encuentra preso.
- RAMIRO. Si acaso queda con vida
será un milagro del Cielo.
Este don Diego de Illezcas
es un vil aventurero,
un malvado.
- MENCIA. Quiero hablar,
Ramiro, ¡por Dios!
- RAMIRO. Accedo.
Que es una dueña callando
candil sin aceite y fuego.
- MENCIA. Llegó don Pedro, os decía,
y desnudando el acero,
castigó de aquellos hombres
el audaz atrevimiento.
- ISABEL. Es valiente el buen anciano.
- MENCIA. Que no interrumpas te ruego.
Juan Iniestra quedó herido
y sus cómplices huyeron.
Don Pedro entonces airado
le puso la espada al pecho
y él confesó que el delito

- fue tramado por don Diego.
 Por fin, aclarado todo
 al ser el de Illezcas preso,
 el buen anciano celoso
 de su honor, que es caballero,
 llevóse a su casa a Inés,
 y desde entonces no ha vuelto.
- ISABEL. Malo es don Diego.
- RAMIRO. Tan malo,
 que vino de España huyendo
 por homicida.
- MENCIA. ¡Jesús!
- RAMIRO. Así consta del proceso.
 Desde ayer lo sujetaron
 a la cuestión del tormento,
 y declaró la inocencia
 de Juana Inés.
- MENCIA. ¡Qué perverso!
 Va a pagar todos sus crímenes
 y sus infames proyectos.
 ¿Y qué pena le impondrán?
- RAMIRO. La muerte, según yo creo.
- MENCIA. ¡Válgame Dios!
- RAMIRO. Merecida.
 será la pena. A este reino
 pasó de Murcia, que allí
 robó al conde de Vallejo
 diez mil doblas; y le dio
 la muerte el infame.
- ISABEL. ¡Cielos!
 ¡Cuánta maldad!
- MENCIA. ¿Y por qué
 tuvo aquí tan buen empleo?
- RAMIRO. Engañaba a su excelencia,
 con su audacia y con su ingenio,
 pues cambió su nombre antiguo
 por el que hoy le conocemos.
- ISABEL. Al virrey aborrecía.
- RAMIRO. Eran rencores de celos.
- MENCIA. ¡Cómo! ¿Qué dices, Ramiro?
 ¡Imposible!..

- RAMIRO. Pues es cierto.
 Cuando el marqués pretendía
 a la condesa, don Diego
 rondaba también su calle,
 con amorosos intentos.
 Una noche, en que el nublado
 su oscuro manto tendiendo
 sobre Madrid, remedaba
 la oscuridad del averno,
 le halló el marqués a la reja
 de la casa, conviniendo
 con una dueña, los planes
 para un raptó. En el momento,
 veloz, cual rayo, su espada
 dio al atrevido escarmiento.
 Huyó don Diego cobarde,
 receloso y encubierto,
 con su sangre matizando
 aquellos sitios desiertos.
 Dirigióse a Murcia, oculto,
 y vino a América luego.
- MENCIA. ¡Vaya! ¡Y las tramas que urdía!
 ¡Era un archivo de enredos!
 Al escalar el balcón,
 todas las damas creyeron
 que era Nuño, pues llevaba
 un adornado sombrero
 al de Alba igual, y una capa
 de la de Nuño remedo.
 Y la noche tan oscura
 favoreció sus intentos.
 Mas pronto el castigo halló;
 no son los plazos eternos;
 no hay deuda que no se cumpla...
- RAMIRO. ¡Su excelencia!
- MENCIA. (*A Isabel.*) Pues entremos.

ESCENA II

RAMIRO Y EL VIRREY.

(Ramiro se dirige a la galería.)

- VIRREY. Buen Ramiro, ven aquí.
¿Haz visto a Inés?
- RAMIRO. No, señor.
- VIRREY. Crece por ella mi amor,
no sé qué será de mí.
Hoy con su ausencia he sentido
que un nuevo dolor me oprime;
en donde, Ramiro, dime,
¿en dónde se halla el olvido?
Es mi pasión fuego intenso;
no puedo dejar de amarla;
pues cuando quiero olvidarla,
más y más en ella pienso.
Hoy sin ver su luz querida,
siento en mí amarga aflicción,
desierto mi corazón
y sin encanto la vida.
- RAMIRO. El tiempo quizás...
- VIRREY. No creo
ya mi remedio posible,
que acrecienta el imposible,
el atractivo al deseo.
De la calumnia maldita
pasó ya la nube oscura,
y hermosa cual sol fulgura
de mi bien la luz bendita.
Bella, pura, vencedora
su alta virtud resplandece;
y crece, Ramiro, y crece
el fuego que me devora.
- RAMIRO. Mirad, señor...
- VIRREY. Nada miro;
que la adoro sólo sé;
quiero verla y la veré.
Lleva esta carta, Ramiro.
- RAMIRO. ¿Mas vuestra esposa, señor..,

el deber y la grandeza
en que estáis? ¿Vuestra nobleza?
VIRREY. Todo lo olvida mi amor.
¿Viste formando rumores
correr el manso arroyuelo,
pintando en cristal el cielo,
suspirando entre las flores?
Pues así del alma mía
el amor se deslizaba,
y los cielos retrataba
cuando libre me veía.
¿Le viste luego, el sombrío
bosque cruzar, impaciente
aumentando su corriente
y ser caudaloso río;
y las blancas amapolas
marchitas en la ribera,
inundando la pradera
con el vaivén de sus olas;
y por fin con fiera saña,
la llanura estremeciendo,
raudo y rápido rugiendo,
descender de la montaña,
y enfurecido, en oscuro
vapor envuelto, entre lodo,
romper, destrozarlo todo,
arrancar el fuerte muro,
correr, volar, agitarse,
saltar con audacia loca,
quebrarse de roca en roca
y al abismo despeñarse?
Así mi amor, por ligeras
barreras encadenado,
loco, ciego, desbordado,
quiere arrancar las barreras:
lazos, deberes, poder,
gloria, opinión y grandeza,
orgullo, ambición, nobleza,
todo lo quiere romper,
todo ha de verlo deshecho;
que es mi virtud impotente

a contener el torrente
que se desborda en mi pecho.
(*Vase Ramiro.*)

ESCENA III

EL VIRREY

VIRREY. No puedo vivir así;
doquiere la suerte voy;
a todo resuelto estoy...
¡Dios tenga piedad de mí!
(*Se sienta pensativo cerca de la mesa con el
rostro entre las manos.*)

ESCENA IV

DICHO, MARÍA LUISA Y RAMIRO (*en la galería. La condesa
lleva en la mano una carta.*)

RAMIRO. Ya sabéis que os reverencio;
pero el virrey...

LUISA. Basta ya.

RAMIRO. Si lo sabe...

LUISA. Bien está.

RAMIRO. ¡Pero, señora!..

LUISA. ¡Silencio! (*Vase Ramiro.*)

ESCENA V

VIRREY, MARÍA LUISA.

LUISA. ¿A quién escribe? (*Abre la carta*)
¡Qué miro!

VIRREY. (¿Y dejaré abandonada
a mi esposa desdichada?)

LUISA. ¡Y esto es verdad! Yo deliro...
Me olvida infiel y traidor.
¡Alma, calla, esconde el llanto!
¡Celos, silencio!, entretanto
ocultemos mi dolor. (*Pausa.*)

- ¡Conde! (*Avanzando.*)
- VIRREY. Señora.
- LUISA. (*Con ternura.*) Un instante,
a solas, señor, os veo,
y el impaciente deseo
calma al fin de pecho amante.
Quisiera hablaros.
- VIRREY. (¡Dios mío!)
- LUISA. Olvidad tantos enojos,
no quieren mirar mis ojos
ese ceño tan sombrío.
La dulce quietud, la calma
en mi regazo buscad,
y un instante consagrad
a los anhelos del alma.
No quiero que triste estéis.
- VIRREY. (Su cariño y su ternura
acrecientan mi tortura.)
- LUISA. ¡Ah!, ¿pero no respondéis?
- VIRREY. ¡Condesa!..
- LUISA. Si estáis airado
por el suceso enojoso
de anoche, que os dé reposo
mi inocencia. Ya el osado
que me ultrajó de esa suerte
ofendiendo mi opinión,
yace en oscura prisión
y está condenado a muerte.
- VIRREY. ¿Y qué, lo sentís?
- LUISA. No, a fe
sus errores compadezco,
Dios le acoja.
- VIRREY. (No merezco
su casto amor... Yo no sé
qué me pasa... En vano lucho.)
- LUISA. (En vano el secreto esconde.)
Estáis muy pálido, conde.
- VIRREY. Sí señora, sufro mucho.
- LUISA. (*Con ternura.*) ¿Sufris, y en almas ajenas
buscáis al dolor abrigo?
Debierais partir conmigo

vuestro afán y vuestras penas.

¿No soy vuestra esposa?

VIRREY. (¡Oh Dios!)

LUISA. Nada debe deteneros.

¿Quién como yo ha de quererlos,
si sólo vivo por vos?

VIRREY. Los negocios me arrebatan
la quietud, y el alma siente
que la sofoca este ambiente,
y que estas luchas la matan.

LUISA. Pues dejad la agitación
del mando, dejad su encono;
¿no os basta, señor, el trono
que os alzo en mi corazón?
Dejando aquí los pesares,
nos lleve nave ligera
a la querida ribera
del querido Manzanares,
y halle allí vuestro dolor
serenidad apacible.

VIRREY. No, condesa, es imposible...

LUISA. (Funesto, funesto amor.)
La dulce calma os convida.

VIRREY. No lo permiten los cielos.

LUISA. (¡Ay!, el áspid de los celos
sangre le arranca a mi vida.)
Resuelto romped los lazos
del poder, lazos penosos;
que otros lazos más dichosos
os esperan en mis brazos;
y una existencia sin duelo
veréis, señor, deslizar,
cual la barquilla en el mar,
como la nube en el cielo.
Pensando en ese placer,
ved que gozosa sonrío...

VIRREY. (¡Qué horrible lucha! ¡Dios mío!
¿Por qué no triunfa el deber?)

LUISA. Volvamos, señor, a España,
que en esa tierra bendita,
de los cielos favorita,

- la dicha al bueno acompaña.
- VIRREY. ¡Ah! ¡Si pudiera!..
- LUISA. Apartados
de la corte viviremos,
y gloria de amor seremos
ni envidiosos ni envidiados.
¡Cuán venturosa me haréis!
Y a vos también os espera
felicidad verdadera.
- VIRREY. (¡Ay de mí!)
- LUISA. (Con ternura.) ¿Qué resolvéis?
Presto partamos de aquí;
ved que os lo ruego.
- VIRREY. (¡Dios santo!
¡Es tan buena y me ama tanto!)
- LUISA. ¿Qué decís, señor? Allí
triste y enfermo, pensando
que ya mucho en veros tarda,
un noble padre os aguarda,
y está por vos suspirando.
- VIRREY. (Conmovido.) ¡El padre del alma mía!
¡Ah! sí, sí, verle quisiera
- LUISA. Pensad que ansioso os espera.
- VIRREY. (Como embelesado.)
Verle, verle, ¡qué alegría!
Pienso que tras duelo tanto,
de nuevo mi oído halagan
esas frases que se apagan
y se traducen en llanto;
y pienso en el desvarío
de tan hermosa ilusión,
que siento su corazón
palpitar junto del mío.
- LUISA. Cuando ya a la eternidad
toca su pie...
- VIRREY. Necesita...
de una ternura infinita
que apoye su ancianidad.
- LUISA. Llevémosle esa ternura.
- VIRREY. ¡Oh!, ¡qué sueño tan hermoso!
- LUISA. Allí hallaréis el reposo.

- VIRREY. Esa fuera mi ventura.
 LUISA. Pues buscad ese placer.
 VIRREY. ¡Qué imagen tan seductora!
 LUISA. Os quiere tanto.
 VIRREY. Me adora;
 soy la vida de su ser
 LUISA. Con él nuestro hijo querido...
 VIRREY. En sus brazos lo estoy viendo,
 como un ángel sonriendo,
 plácidamente dormido;
 y que mi padre le mira...
 LUISA. Que contempla en su semblante
 vuestra imagen...
 VIRREY. Y que amante
 le besa y por mí suspira...
 LUISA. Que con castos embelesos...
 VIRREY. Suspirando tiernamente
 yo deposito en su frente
 todo mi amor con mis besos.
 LUISA. Y que el niño, no os asombre...
 VIRREY. Sí, sí, que despierta el niño.
 LUISA. Que os sonrío con cariño.
 VIRREY. ¡Y que pronuncia mi nombre!
 LUISA. Que sin duelo en la existencia
 vuelvé su frente a inclinar.
 VIRREY. Y otra vez vuelve a soñar
 con la paz de la inocencia.
 LUISA. Que vuestro padre al buen Dios
 invoca, al veros ufano...
 VIRREY. Que alza trémulo su mano
 y nos bendice a los dos.
 Y en ese cuadro risueño
 vereísme, señor, de hinojos,
 mirándome en vuestros ojos,
 velando del niño el sueño.
 VIRREY. ¡Ah! ¡Padre del alma!...
 LUISA. (*Llora.*) (Se ha salvado; ya respiro.)
 (*Pausa pequeña.*)
 VIRREY. ¡Ah!, pero no; yo deliro:
 es imposible, señora.
 LUISA. (¡Ah!.)

- VIRREY. Que el rey en su favor,
servirle aquí me ha mandado,
y me cumple como honrado
acatar a mi señor.
- LUISA. ¡Vano placer! Sombra esquiva
donde el dolor se renueva,
eres la espuma que lleva
la corriente fugitiva.

ESCENA VI

DICHOS, DON PEDRO.

- PEDRO. Dios guarde al señor virrey
y a la señora condesa.
- VIRREY. Él también venga con vos,
señor don Pedro.
- PEDRO. Las muestras
de mi respeto, os dirán
lo que mi labio no acierta.
- LUISA. Mucho en palacio, señor,
se ha extrañado vuestra ausencia.
- PEDRO. Dejad, señora, que humilde
vuestra bondad agradezca.
- VIRREY. Nos tenéis muy ofendidos.
- PEDRO. ¿Yo, señor?..
- VIRREY. Sin mi licencia
llevasteis a Juana Inés...
- LUISA. (¡Ay, Dios!)
- VIRREY. A la casa vuestra.
Con esto a mi noble esposa
le hacéis, don Pedro, una ofensa,
pues con materno cariño
a Inés quiere la condesa,
y por su fama y su dicha
su afán solícito vela.
¿No es esto verdad, señora?
- LUISA. (*Esforzándose por sonreír.*) Sí, sí, conde.
- PEDRO. Las funestas
causas que ayer al escándalo
dieron las miras perversas

- de don Diego, me obligaron.
- VIRREY. Probada está la inocencia
y virtud de vuestra hija.
- LUISA. (¡Oh, Dios!, mi desgracia es cierta.
¡Cuánto la quiere!)
- VIRREY. Señor
don Pedro, evitar es fuerza
murmuraciones injustas.
Haced que al momento vuelva.
Decidle, señora.
- LUISA. Sí.
- PEDRO. Complaceré a su excelencia.
(*El virrey se va por un lado y María Luisa
por otro.*)
- LUISA. (*Viendo al virrey.*)
(Volvedle, ¡oh, cielo!, a mis brazos,
o permitid que me muera.)

ESCENA VII

DON PEDRO (solo).

- PEDRO. Yo velaré por mi honor.

ESCENA VIII

DICHOS, DON NUÑO.

- PEDRO. Don Nuño.
- NUÑO. Señor don Pedro,
a vuestras no desmentidas
y altas bondades atento,
y además, teniendo en cuenta
irresistibles afectos,
voy a haceros confesión
de un honrado atrevimiento.
- PEDRO. ¿Atrevimiento? no tal,
honrado sí, como vuestro.
No caben en limpia sangre
sino honrados pensamientos.
- NUÑO. Ya sabéis que yo soy noble...

- PEDRO. Sois cumplido caballero,
y por noble y por honrado
os estimo y os respeto.
- NUÑO. Sabéis que de mi familia
muy pingües rentas heredo.
- PEDRO. Es la riqueza mayor
la que se guarda en el pecho,
que más quilates que el oro
tiene un noble sentimiento.
- NUÑO. Sabéis que el virrey me estima.
- PEDRO. Sois su amigo predilecto,
el alma de sus acciones
y su mejor consejero;
y se os mira en Nueva España
como árbitro del gobierno.
- NUÑO. Sabéis...
- PEDRO. Conozco, don Nuño,
vuestras prendas; mas no infiero...
- NUÑO. Tenéis, señor, una hija
que es de virtudes modelo,
que es fénix de la hermosura,
que es asombro del ingenio,
que es musa de nuestro Olimpo,
que es astro de nuestro cielo.
- PEDRO. Cual galán y cortesano,
favorecéisla en extremo.
- NUÑO. Ella ha logrado inspirarme
un ardiente sentimiento;
por ella muriendo vivo,
por ella viviendo muero.
Por eso hablaros quería,
y con profundo respeto,
ofreciéndooos cuanto soy,
su mano a perdiros vengo.
- PEDRO. Tomad mis brazos, don Nuño,
como hijo desde hoy os veo;
la mano de Juana Inés
sin vacilar os concedo.
Voy por ella; adiós, quedad. (*Vase.*)
- NUÑO. Id con él, señor don Pedro.

ESCENA IX

NUÑO.

NUÑO. Tras la pasada amargura
el premio mi amor alcanza,
y va a tocar mi esperanza
el cielo de la ventura.

ESCENA X

DICHO, EL VIRREY, *después* RAMIRO.

VIRREY. (*Llamando.*) ¡Ramiro!.. ¡Don Nuño aquí!

NUÑO. Señor...

VIRREY. Esperad.

RAMIRO. (¿Qué haré?.)

VIRREY. ¿Diste mi carta?

RAMIRO. (No sé
qué contestar.)

VIRREY. Vamos di.

RAMIRO. La tomó, perdón espero,
la condesa...

VIRREY. ¿Qué?

RAMIRO. ¡Señor..!

VIRREY. ¿Así me sirves, traidor?
Vete, mirarte no quiero. (*Se va Ramiro.*)

ESCENA XI

DICHOS, MENOS RAMIRO.

VIRREY. (El destino se conjura
contra mí) don Nuño... (Inquieto
estoy.)

NUÑO. Mi respeto
mi lealtad os asegura.
Una difícil empresa
intento.

VIRREY. Decid.

NUÑO. Señor,

- de vos aguardo...
- VIRREY. (Mi amor
ha sabido la condesa.)
¡Qué terrible compromiso!
En mucho, don Nuño, os tengo.
- NUÑO. Señor, a pediros vengo
para casarme permiso.
- VIRREY. Saber, amigo, quién es
la que pudo vuestro gusto
cautivar, parece justo.
- NUÑO. Es la hermosa Juana Inés.
- VIRREY. ¿Qué? ¿Qué decís?
- NUÑO. Ya su mano
su buen padre me concede.
- VIRREY. (¡La infiel olvidarme pueden!)
- NUÑO. Con ese ángel soberano,
feliz hoy mismo seré.
- VIRREY. (¡Ay de mí!)
- NUÑO. Si su licencia
me otorgare su excelencia.
- VIRREY. Hoy con don Pedro hablaré.
(No sé qué siento ¡Gran Dios!
El alma tiembla cobarde.)
Ya me veréis: Dios os guarde.
- NUÑO. Él quede ¡oh, conde! con vos. (*Vase.*)

ESCENA XII

EL VIRREY.

- VIRREY. ¡Por otro afecto me olvida!..
Es tan horrible mi suerte
que fuera dicha la muerte,
porque es la muerte mi vida.
Quererla tanto, quererla
para llevarla a otros brazos,
¡rotos ver tan dulces lazos!..
Amarla, para perderla...
¿Dejaré que me abandone?..
A mi gloria, a mi placer,
el implacable deber

sus duras leyes opone.
 Leyes ¡ay! que el sentimiento
 quieren herir despiadadas,
 encadenar las miradas
 y matar el pensamiento.
 En la eterna agitación
 de incesante batallar,
 siento el alma agonizar
 y perderse mi razón...
 ¿Acaso podré sin duelos
 ver que un rival venturoso
 suya la llame amoroso?..
 ¡Me están matando los celos!
 (*Saca el retrato.*)
 ¡Oh, trasunto, en que el humano
 pincel sus tintas apura,
 reflejo de la hermosura
 de ese cielo soberano!
 (*Sale María Luisa y se va acercando lentamente
 al virrey hasta ver el retrato.*)
 Tú miraste en otros días
 de glorias y bienandanzas
 las risueñas esperanzas
 de mis dulces alegrías.
 Hoy, tus hechizos al ver,
 romperte airado debiera...
 ¡Ay de mí! Dichos fuera
 si pudiera aborrecer. (*Lo besa.*)
 Mas de firmeza y valor
 quiero en vano hacer alarde,
 que el alma ciega y cobarde
 amor me repite, amor.

ESCENA XIII

EL VIRREY, MARÍA LUISA.

LUISA. ¡Ah!, conde...
 VIRREY. ¿Vos?..
 LUISA. (¡Ay de mí!)
 Conde...

- VIRREY. Decid: ¿qué queréis?
 LUISA. Que vuestro enojo calméis
 pues ya mi desdicha vi.
 VIRREY. Yo, condesa...
 LUISA. Disculparos
 no intentéis; ya nadie ignora
 vuestro amor...
 VIRREY. Mirad, señora...
 LUISA. Yo no pretendo acusaros.
 Sé que a mi lado vivir
 os causa acerbo dolor,
 y yo no quiero, señor,
 miraros por mí sufrir. *(Llora.)*
 Espero se me conceda
 buscar la sombra sagrada
 de un claustro, donde olvidada,
 llorar mi desdicha pueda.
(Aparece Juana Inés.)
 Esposo y señor, espero
 que no os opongáis crüel...

ESCENA XIV

DICHOS; JUANA INÉS.

- INÉS. *(Avanzando rápidamente.)*
 ¡Su esposo, su esposo!.. Él... Él...
 LUISA. ¡Ah!
 VIRREY. ¿Qué miro?
 INÉS. ¡Yo me muero!..
 VIRREY. *(Implacable me provoca
 audaz el destino impío.)*
 INÉS. Él, su esposo... Él... Él... ¡Dios, mío!..
 ¡Yo voy a volverme loca!
 LUISA. *(Al virrey) (Es una horrible traición
 la vuestra.)*
 VIRREY. *(Callad, señora.)*
 INÉS. Que venga la muerte.
(Prorrumpiendo en llanto.)
 LUISA. *(Estrechándola en sus brazos.)* Llora,
 Inés, en mi corazón.

PREGONERO. *(Se oye el toque de agonía y rumor de atambores.)*
(Dentro.) Esta es la justicia que en nombre
de su majestad manda hacer el excelentísimo
señor conde de Mancera, virrey, gobernador
y capitán general de esta Nueva España,
en la persona de Diego de Illezas, por
homicidio y otros delitos.

Quien tal hizo tal pague.

INÉS. ¡Ah!
(Arrodillándose a los pies del virrey.)

Le debéis perdonar;
compadeced su amargura;
ya matásteis mi ventura;
basta, señor, de matar.

VIRREY. Ved que intentó vuestra afrenta.

INÉS. Yo no quiero, al contemplaros
por vez postrera, miraros
con una mancha sangrienta.
Pensad, señor, que ese encono
Dios tal vez os lo demande;
sed, hoy por lo menos, grande,
perdonadle.

VIRREY. Le perdono.
*(Escribe rápidamente, toca una campanilla y da
a Ramiro el papel.)*

*(Cesa, ¡oh pecho!, de latir,
triunfe el deber.)*

LUISA. *(Yo confío
en que ha de amarme.)*

INÉS. *(Dios mío,
me estoy sintiendo morir.)*

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, DON PEDRO Y DON NUÑO.

PEDRO. *(A Inés.)* Pide don Nuño tu mano,
y si otorga su licencia
cual lo espero, su excelencia...
(El virrey vacila; Luisa le mira suplicante.)

VIRREY. *(Con un esfuerzo.)* La otorgo.

- LUISA. (*Con alegría.*) ¡Dios soberano!
(*Estrecha las manos del virrey, éste la abraza.*)
- NUÑO. (*A Inés.*) Respuesta aguardo de vos.
- INÉS. (*Con solemnidad.*) Ya tengo mi esposo
- PEDRO. ¡Inés!
- VIRREY. ¡Ah! (*Quiere avanzar hacia Inés. Luisa lo detiene, con cariño.*)
- NUÑO. Y ese esposo, ¿quién es?
- INÉS. Mi esposo, don Nuño, es Dios.
- NUÑO. Pienso, Juana, que hacéis mal.
- INÉS. Mi esposo es santo, inmortal;
¿tenéis celos, tenéis celos?
Mi esposo es rey de los Cielos;
¿quién es aquí su rival?
(*Saca la rosa y la rompe.*)
Te deshojo, pobre flor, (*Llora.*)
con sentimiento profundo,
cual se deshoja mi amor...
- LUISA. ¡Juana Inés! (*Con ternura.*)
- INÉS. Huya el dolor, (*Serenándose.*)
Huya el llanto, y huya el mundo.
(*Se arrodilla y alza la mirada al cielo.*)
Mi cruz, Señor, tomaré;
tú eres mi gloria, mi luz;
yo tu ejemplo imitaré
y desde hoy me llamaré
Sor Juana Inés de la Cruz.¹¹

CAE EL TELÓN.

¹¹ La obra de Rosas Moreno fue publicada en el *Calendario de la Antigua Casa de Murguía para 1882*. pp. 33-94. Al final aparece una nota: "Ignoramos los datos en que el señor Rosas se fundaría al escribir la pieza que antecede; pero nos parece conveniente, para conocimiento de nuestros lectores, insertar aquí algunos renglones de lo que respecto de sor Juana Inés de la Cruz dijo el señor obispo Montes de Oca, en la oración fúnebre que en las honras de don Juan Ruiz de Alarcón y demás ingenios mexicanos y españoles, pronunció el 3 de agosto de 1878 en la iglesia de La Profesa:

'Me parece que ni amigos ni enemigos han hecho justicia al carácter de nuestra poetisa sor Juana Inés de la Cruz. Abramos sus libros y juzguémosla sin pasión, por lo que en ellos dejó escrito, sin engolfarnos en aventuras conjeturadas y románticas suposiciones. ¿La arrojó, en verdad, al claustro,

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- BACHE CORTÉS, YOLANDA. (Est. introd. y notas) *Dramas románticos de tema novohispano (1876-1882)*. Teatro mexicano, historia y dramaturgia, XVIII. México: CNCA. (en prensa).
- Calendario de la Antigua Casa de Murguía para 1882*. México: Antigua Imprenta de Murguía, 1882.
- GUTIÉRREZ NÁJERA, MANUEL. *Obras IV. Crónicas y artículos sobre teatro, II (1881-1882)*. Introd., notas e índices de Yolanda Bache Cortés. Ed. de Y. Bache Cortés y Ana Elena Díaz Alejo. Nueva Biblioteca Mexicana 90. México: UNAM, 1984.
- JUANA INÉS DE LA CRUZ, SOR. *Obras completas*. Pról. Francisco Monterde. Sepan Cuantos 100. México: Porrúa, 1977.
- OLAVARRÍA Y FERRARI, ENRIQUE. *Reseña histórica del teatro en México. 1538-1911*. Pról. Salvador Novo T. II. 3a. ed. (ilustrada y puesta al día de 1911 a 1961). México: Porrúa, 1961.

alguna pasión mal correspondida, algún temprano desengaño? No lo creo, señores, por más que todos sus biógrafos modernos la representen como inmolada en aras de un amor profano. [...] Buscando la soledad y la independencia necesaria para el estudio, y el único estado de vida acomodado a sus inclinaciones, entró en el Convento de las Carmelitas de esta ciudad, a una edad temprana, sí, pero en que ya una mujer de su precocidad sobre todo, comprende perfectamente el peso de sus resoluciones. [...] Cantó las ausencias de un amigo, y de un amigo cual podía tenerlo quien vivía sujeta a la más estrecha vigilancia de propios y de extraños, de superiores y de émulos; y porque en su canto expresó inocentes afectos de amistad, ataviados con las galas de dicción que en los clásicos había aprendido, y con una ternura que nada tenía de vedado, ¡he aquí que se supone al corazón de la poetisa inflamado de amor terreno, que persevera y se enciende más y más, a pesar de las rejas del claustro y de los votos irrevocables! Muere el esposo de una amiga de sor Juana, y ésta, identificándose con la desolada viuda, entona una tierna elegía. ¡Es ella, es ella!, clama la injusticia crítica; es la religiosa, que para cantar amores imposibles, se cubre con ajenas tocas de soñada viudez!'

Dios habrá premiado a la santa religiosa. ¡Haga el mundo justicia a la cristiana, a la monja, a la poetisa! Los Editores".